

ORIGEN DE NUESTRAS CULTURAS

Eduardo NOGUERA

EL TÍTULO DEL PRESENTE artículo parecerá un poco atrevido, ya que pudiera interpretarse como si se hubiera resuelto el trascendental problema de cuál es el origen de las altas culturas de México. Muy lejos estamos de ese hecho tan buscado; todavía no hemos llegado a conclusiones definitivas y terminantes, pero, en cambio, muchos importantes problemas se han resuelto y tenemos la convicción de que ya se han reconocido los rasgos más salientes, las relaciones más significativas y las más fuertes influencias que, recíprocamente, han tenido las culturas prehispánicas.

El hombre americano llegó a este continente en épocas antiquísimas, como se ha podido observar y comprobar en los últimos tiempos. Esta antigüedad se remonta a 25,000 años o, según cálculos más moderados, a 10,000; pero, de cualquier manera, su antigüedad se cuenta por milenios antes de Cristo, cosa que hasta hace poco no se admitía y aun se tomaba como fantástica e improbable.

De conformidad con esta afirmación, se observa la presencia del hombre en este continente desde tiempos muy lejanos y se reconoce que llegó con los elementos más esenciales de una civilización primitiva. Trajo el perro, la macana, armas rudimentarias, etc. El problema es averiguar cómo llegó a los lugares en donde se han encontrado sus restos. Según Roberts, hubo dos rutas, una por el centro de Norte América y la otra por la costa, llegando a establecerse en las regiones áridas de Estados Unidos, o sea en Texas, Arizona, Nuevo México y California, lugares que contienen estos vestigios. Es también un hecho significativo y extraño que en esas regiones, cuyos medios de subsistencia son hoy en extremo difíciles por su condición de desérticas, se han encontrado sus restos. Esta situación tiene su primera explicación en la circunstancia de que es más fácil encontrar vestigios dejados por el hombre, en zonas desérticas, desprovistas de vegetación, que en lugares donde la hay. Por otra parte, esto puede también

explicarse porque esas regiones no han tenido siempre el mismo clima; al contrario, hay pruebas climatológicas y ecológicas de que, en otras épocas, el clima reinante allí era más benigno y propicio para el sustento de la población humana. La permanencia de esas gentes en tales lugares puede haber tenido una duración de muchos siglos, aunque no tenemos pruebas completas del tiempo transcurrido desde su instalación hasta su extinción, o fusión con otros pueblos que llegaron a establecerse después. En los últimos años, la antigüedad del hombre en América se ha venido comprobando, no sólo en Estados Unidos, sino también en México, donde hay testimonios bastante concluyentes de que hubo seres muy antiguos, como el hombre Tepexpan, y donde las condiciones climatológicas, en épocas pretéritas, pueden haber sido muy semejantes a las del suroeste americano.

Es cierto que en Centro América no se ha comprobado, de manera convincente, la presencia de hombres antiguos; pero, en cambio, en Sud-América, particularmente en el Ecuador, el hallazgo del hombre de Punin y los famosos restos de Lagoa Santa, en Brasil, nos demuestran que también hubo seres muy antiguos.

Una vez que hemos aceptado la presencia del hombre desde remotos tiempos, preguntémosnos: ¿cómo pudo haberse originado la civilización en América?

Bien conocidas son las tendencias o escuelas que hay con respecto al origen del hombre en América. Según los difusionistas, todas las civilizaciones del mundo tuvieron un origen común. La otra escuela, que podría denominarse auctoconista, sostiene que, con excepción de algunos elementos básicos que trajeron los primeros en llegar a América, las altas civilizaciones se desarrollaron independientemente. En el caso de Mesoamérica, ha habido cambios en el modo de pensar. A mediados del siglo XIX, y a raíz del descubrimiento del hombre paleolítico en Europa, se trató de encontrar también al hombre paleolítico en América. Muchos hallazgos de pretendidos paleolitos y de osamentas, también considerados como muy antiguos, se invocaron para demostrar la existencia de este ser; pero los trabajos de Holmes, de Hrdlicka y de otros investigadores, echaron por tierra esas suposiciones, y afirmaron que el hombre y las culturas de América eran muy recién-

tes. A consecuencia de ello, la tendencia dominante a fines del siglo pasado y los comienzos del presente, fué de no aceptar la antigüedad del hombre americano y considerarlo como de muy reciente origen en este continente. En cuanto a las civilizaciones prehispánicas, se las tenía como autóctonas, por que había nacido cada una en la región donde florecieron. A continuación, de conformidad con la tendencia más reciente y de acuerdo con los hallazgos e investigaciones últimas, se admite ya la existencia del hombre en América desde épocas muy remotas. Por lo que se refiere al origen de las culturas, ya no existe unánime negación y se admite la posibilidad de que algunas puedan haber venido de otros continentes o, cuando menos, sus más esenciales raíces. En efecto, investigadores de gran seriedad como Eckolm, Griffin, Bosch Gimpera, se inclinan a sostener esa idea y han presentado elementos que apoyan de manera sugestiva su teoría.

Ahora bien, por una parte tenemos restos de culturas primitivas y pre-cerámicas en determinados lugares, como cosa cierta y de gran antigüedad; y, por otra, complejos culturales que fueron evolucionando hasta convertirse en las altas culturas de Mesoamérica. Por lo tanto, queda por averiguar cómo se desarrollaron esos complejos para convertirse en las grandes culturas.

Existe, entonces, una gran laguna que hoy día está casi por llenarse. ¿Cómo fué posible que esas primitivas civilizaciones, o, mejor dicho, grupos humanos, con una civilización incipiente, la transformaran hasta devenir en culturas desarrolladas? O bien, esos grupos de tan elemental civilización desaparecieron, y, entonces, ¿de dónde surgieron las culturas que conocemos de los pueblos prehispánicos? ¿Fueron traídas de otros continentes, o evolucionaron desde una baja etapa?

¿Cuándo una agrupación humana puede considerarse como civilizada? ¿Cuándo deja de ser nómada y se convierte en sedentaria? El principal requisito para que este fenómeno se realice es la agricultura, la que viene aparejada en el caso de América con la aparición del maíz.

Bien sabido es que hay diferentes teorías respecto a los lugares donde se originó este cereal, tan importantísimo en la dieta del indio moderno, y en relación con la planta silvestre de la que se derivó. Muchos afirman que es nativa de Chia-

pas, otros de Guatemala, o bien de Sud-América, precisamente de la región amazónica, y que de allí cundió hacia el norte. Respecto al origen del maíz, para algunos fué una transformación del "teocentli" y, según otra escuela, se derivó por hibridismo de otras plantas.

Ya que no es el propósito de este estudio abordar todos esos pormenores, que ya han sido tratados extensamente por diversos autores, aceptemos que la agricultura también aparece de un golpe. Está casi comprobado que fué anterior a la cerámica. El hombre nómada, que empezó por ser cuidadoso recolector de los granos o productos naturales que encontraba, comenzó a cultivar esos productos y se convirtió en semi-sedentario con agricultura incipiente y convencido de que estas condiciones de vida eran mejores que las nomádicas; y si antes tenía que hacer grandes recorridos en busca del sustento diario, con la agricultura mejoraron sus condiciones de vida y adoptó una situación estable. Gracias a estos nuevos elementos que le sirvieron para su sostenimiento seguro, toda su antigua estructura social cambió y de ahí surgió entonces la invención de la cerámica, porque con este nuevo procedimiento podía obtener con facilidad recipientes de barro y no tenía que recurrir al lento trabajo de hacer las vasijas de piedra, que eran usadas por todos los pueblos recolectores o semi-sedentarios.

Esta trascendental innovación fué la base para que surgieran las culturas que, más tarde, habrían de convertirse en los centros civilizadores de Mesoamérica. Sin embargo, ¿en qué circunstancias ocurrió eso y en qué preciso momento este hecho se realizó? Es muy difícil decirlo, porque, si por una parte tenemos restos de culturas muy primitivas y por la otra agrupaciones humanas muy avanzadas, falta encontrar de una manera precisa la fusión, evolución y desarrollo de esas primitivas culturas hasta su conversión en las más adelantadas.

En todo caso, es un hecho comprobado que, durante el primer milenio anterior a la Era Cristiana, ya florecían en el suelo de Mesoamérica culturas bastante desarrolladas. En el centro de México, especialmente en el valle del mismo nombre, hay restos de la cultura llamada arcaica o formativa, cuyos centros más conocidos son los de Copilco, Cuicuilco, Zacatenco y Ticomán. En Oaxaca, una muestra bastante

elocuente de este horizonte cultural lo tenemos en Monte Albán, I, con sus interesantes relieves y magnífica cerámica. En la zona maya, también hay indicios de una antigua cultura que se considera pre-maya, según lo revela su excelente cerámica. En Veracruz, donde han salido extraordinarias obras de arte de la región de Cerro de las Mesas y Tres Zapotes, lo mismo que del Estado de Tabasco, formadas por magníficos ejemplares de jade, así como por las gigantescas cabezas de piedra, que revelan el adelanto a que habían llegado esos pueblos.

Lo más interesante y extraño es que tenemos, de repente, una cultura perfectamente formada. No se trata de una civilización incipiente, en sus primeros balbucesos, sino de todo un complejo cultural acompañado del conocimiento de la agricultura, artes, industrias desarrolladas, una organización social avanzada y una intrincada religión que suponía el sostenimiento de sacerdotes y de un ceremonial complicado. Lo extraordinario de todo esto es que ya nos encontramos con una cultura perfectamente formada y evolucionada, pero no sabemos cuándo, cómo y en dónde empezó.

Son muchos los lugares a los cuales se ha tratado de asignar el origen de esta civilización, es decir, el suelo donde tomó raíz para extenderse por todo Mesoamérica. Que es Veracruz, cuya base sería la famosa cultura llamada olmeca de La Venta, o bien el Valle de México, con sus sencillas, pero no menos vigorosas culturas de Zacatenco los que originaron este desarrollo, es tema todavía en discusión e investigación. Que la cultura madre deba encontrarse en Veracruz o en el Valle de México, o, para algunos investigadores, en Centro-América, no se puede demostrar mientras no encontremos el principio, es decir, los primeros pasos que deben haber dado estos pueblos antes de llegar a la etapa de desarrollo, primeros pasos cuyos restos no han llegado todavía hasta nosotros.

En tal virtud, tenemos entonces una enorme laguna por llenar. Hay pruebas evidentes de la existencia del hombre en América desde una remota antigüedad, cuando todavía su civilización material era muy primitiva, ya que, como hemos visto, carecía de cerámica, de agricultura y cuyo sostenimiento debió haber dependido tan sólo de la caza y la pesca. De esa primera etapa, a la llamada civilización arcaica, hay un

paso muy grande, que no debe haberse dado de un salto, sino que precisa haber pasado por múltiples épocas, y justamente eso es lo que falta conocer, al menos en Mesoamérica. En otras partes de América, principalmente en el sur de Estados Unidos, ese hueco parece haber sido llenado por medio de hallazgos que se han efectuado durante los últimos años, en especial pertenecientes a la cultura cochise y a otras del mismo sureste americano. Esto es, exactamente, lo que hace falta en Mesoamérica para poder, entonces, explicarnos y reconocer este desarrollo desde épocas tan antiguas, relativo a culturas que con el correr de los siglos se transformaron en las notables civilizaciones de nuestro país, como son la maya, la teotihuacana, la tolteca, la mixteca, zapoteca, etc., es decir, las creadoras de los famosos restos arqueológicos que cubren el suelo de México y que revelan el adelanto a que llegaron los pueblos prehispánicos.